



EL GALLEGO DE HOY

Por ALVARO CUNQUEIRO

TAL y como anda el gallego estos años su mundo y por el mundo, es cosa de ver con cierta pausa y sin prejuicios, advirtiendo previamente que el gallego goza de una espléndida salud; tanta, que ya a muchas nos va pareciendo que una de las cosas profundas y sustanciales que significa ser gallego es ser saludable y, por ende, optimista. Toda la literatura de la «morriña» galaica se refiere tanto al gallego que yo veo y palpo como al samoyedo o al turcomano, del que dicen que tiene feriados quince días cada año para reírse de sí mismo. De manos a boca se topa, cualquiera que venga al país, con un pueblo que vive cotidianamente la plenitud de su vida, que ama la vida.

Circula por ahí un impreciso rumor de si somos celtas o algo parecido. El rumor alcanza zonas bastante hondas del espíritu gallego; con este impreciso rumor se corresponde en el ánimo gallego la idea—que había que ver hasta qué punto recibida de medios intelectuales, poesía pondoliana, etc.—de una gran antigüedad: antigua en la tierra y en el mar, en el trabajo y en los frutos, en la lengua y en las costumbres; por lo menos, de la edad de las estrellas, creen algunos, y de esta antiaualia céltica sacan más de la mitad del carácter nuestro, nuestra parsimonia, nuestra penumbra y hasta nuestra indiferencia moral. Parece que andamos con cierta lentitud y recelo, y es verdad; nos gusta un poco el misterio—que nos envuelva y envolverlo—, y las disquisiciones y escollos del gallego, a vueltas de dimes y diretes, preguntas sin respuesta, trasacuerdos y refranero, mal se llevan, en su punto extremo, no ya con la moral, que ni siquiera con la gravedad. Un tal Domingo, criado de un señor tío mío, se fué a Meira a vender una vaca, y en la feria se la tentó un chalán de por allá del Bierzo, maleado en la seriedad de los tratos leoneses, y le dijo al criado de mi tío que le daba doce mil reales por la vaca y ni uno más.

—¡Vaya, «hame»!—dijo el Domingo—. No quieres tener más que una palabra. ¡Ni que fuéramos castellanos!

En esto de la buena fe, digo, el gallego es un «graeculi», y la norma básica mercantil del labriego es que la gente de bien siempre pierde algo en sus tratos. Por esto hay que tener varias palabras, poder volverse atrás, trasacordar, contestar a una pregunta con otra y, al final, si se puede, agarrar una firma. El labriego gallego nunca firma de grado. Tiene intacto el sentido reverencial de la palabra escrita: en lo escrito no vale trasacuerdo. Hay que estar seguro para poder firmar, y uno nunca está bien seguro de nada. El único libro de filosofía que escribió un gallego fué el de Francisco Sánchez, «el Tudense»: Quod nihil scitur, o sea, De que nada se sabe.

Otro de los cargos que nos cuelgan a los gallegos en nuestro pliego es un fino sentido del humor; nos lo cuelgan también por mor de celtas naturales, de la niebla y por paisanos—digo yo—de Luis Taboada y de mi admirado Fernández Flórez. Vaya por delante esto: el gallego tiene escaso sentido del ridículo, y su risa, cuando la da, es gorda, más babeliana que otra cosa. La ironía amarga, que es lo que por aquí se toma por humor, no es tan gallega como parece, ni mucho menos, y en todo caso reflejaría peripecias sociales y económicas del país, que han filtrado ese peso. El gallego sabe reír, ríe y ríe bien, de todo o de casi todo; abunda en la burla y en el cuento; es chocarrero; a nadie perdona en la broma, y aunque le gusta ostentar mucha ceremonia en el trato con mayores, es profunda y gozosamente irrespetuoso.

Es cierto eso que se dice de que Galicia no ha tenido Edad Moderna. En determinado sentido es una total exactitud. Desaparecida la feudalidad, Galicia ignora lo que la suplanta: el Estado. Se queda más o menos—bien más que menos—en un conjunto tribal. En medio de la complicación contemporánea, Galicia tiene la andadura normal de una sosegada, cerrada y premiosa tribu. No es que el gallego no sepa dar el salto. ¡Vaya si lo da! Pero lo da como individuo, como aventura personal e intransferible, aquí y en América y en cualquier rincón del planeta; pero no se le ve capacidad alguna para darlo colectivamente. Las mayores obras colectivas realizadas por gallegos son los magníficos Centros Gallegos de La Habana y de Buenos Aires. (Hablo, naturalmente, de los gallegos de este mundo, que los gallegos del trasmundo han creado dos incomparables instituciones: la Santa Compañía y la Hestadea, concierto de ánimas vagabundas, cuya influencia, no obstante, en la conciencia relijiosa del país, decrece a ojos vistas.) Esta insolidaridad hace que el gallego de hoy apenas se dé cuenta de cómo el país crece, se afina, se enriquece y se pone en forma. Sigue dando Galicia una gran emigración a América, que tiene causas económicas y otras sociales más poderosas, pero que también tiene esta otra: no percibir lo maduro y fuerte que está el país, su solidez y normalidad económicas. Queda, naturalmente, la gran razón, la razón plenamente gallega: que al gallego natural le gusta volver de América, le gusta volver bien, «a darse un mate»—es la frase de moda entre los que vienen de La Habana—con la tierra. El gallego es ostentoso, contra todo lo que se dice de su cautela, y es para él una enorme y maravillosa fiesta desembarcar en Vigo o en La Coruña con su coche americano ante unos familiares estupefactos. Recién venido de La Habana conozco uno que unció dos bueyes a su «Cadillac» y, «corredoira» arriba, lo llevó hasta su aldea para que se lo vieran allí. E hizo muy bien.

Sólo me queda decir, si alguno me lee en la otra orilla de nuestro mar, cómo está la tierra: está verde, se conserva fecunda, huele a heno, a manzana y a lluvia; mantiene su rostro rugoso y antiguo bajo las mismas grandes nubes, bajo el mismo cielo pálido. La gente vive, trabaja, come, canta y baila; habla mucho y de todo; sueña algo más que las demás gentes y quizá se hace un poco más intensa y fructíferamente el amor que en otras partes. Se reza a santos humildes y de antaño conocidos, santos que gustan, tanto como cualquier gallego, del sermón y la romería. Somos tan antiguos, que ya casi somos eternos, y entre los que aquí estamos al amor del fuego natal y los que van y vienen componemos una muy humana, cordial, liberal, moza y pacífica gente hispánica, que asiste sin miedo a la iniquidad del siglo.

«A vosoutros también nao folhe o medo,
ó sórdidos galegos, duro bando»,

dijo Camoens, un gallego encastado en Portugal. No, no nos toma el miedo en el servicio del comunal destino, aunque se nos llame sórdidos gallegos y nos apelliden de duro bando.